

LOBOS Y OVEJAS:
20 AÑOS DE UN CLÁSICO DE LOS AÑOS
SESENTA

Antonio Skarmeta

Pocos poemas en la lírica chilena han tenido la resonancia de *Lobos y Ovejas* de Manuel Silva Acevedo. En 1976, cuando se publicó por primera vez con el sello de Galería Paulina Waugh, el crítico Ignacio Valente escribió: “Este notable libro parece ser su primera obra, a pesar de lo cual exhibe un lenguaje sumamente seguro y propio, sin vacilaciones, y una extraña madurez psicológica para indagar la hondura y sobre todo la contradicción de los sentimientos humanos”.

Es esto lo que más adelante lleva a Valente a asegurar: “Si es siempre difícil o imposible explicar un poema, en este caso se torna difícil de explicar incluso por qué nos impresiona tan hondamente esta ocurrencia peregrina de la oveja con nostalgias de lobo. ¿Significa acaso el deseo que todos tenemos de ser lo contrario de lo que somos? ¿Significa el secreto deseo de bestialidad que late en nuestras civilizadas existencias?”.

Conozco a Manuel Silva Acevedo desde el Instituto Nacional, liceo en el que estudiamos y que en su himno se llama autocomplaciente “el primer foco de luz de la nación”. La fama le viene de ser el colegio más antiguo de la República y de haber generado un número considerable de presidentes de Chile. Ya con el discurso inaugural del primer día de clases se les hace sentir a los alumnos que sobre ellos pesa una responsabilidad histórica. “El primer foco” tiene que iluminarlos para acceder a las cimas luminosas del país. Es sabido, sin embargo, que allí donde brilla el sol también encuentra su espacio la sombra. El Instituto no sólo prohijaba altos funcionarios, sino también artistas rebeldes. Recuerdo a Manuel Silva Acevedo como un príncipe de esas sombras. Parecía vivir siempre en Invierno. Vestía un raído sobretodo que empujaba levemente hacia adelante su flaco esqueleto, y los ojos le brillaban bajo sus pestañas cargadas de humo de cigarrillos y de noches de insomnio. Todo lo que decía era poesía. No me refiero a lo poético como un modo de ornamento de lo real, sino como alumbramiento que mostraba lo real desenmascarándolo. Era un hombre eléctrico y electrizante. El espectáculo del mundo lo conmovía y lo angustiaba: desde la poesía surrealista, pasando por los simbolistas, el Cantar de los Cantares, los antipoetas, los beatniks, los muslos y pestañas de las escolares, las hazañas del “ballet azul” de la Universidad de Chile, los maléficos cócteles de las fiestas adolescentes y los juegos electrónicos de los bares.

Era un inconforme y un pesimista profesional. Más que vivir en el país concreto llamado Chile, vivía en un país poético que lo trasladaba portátil, melancólico y locuaz. Con frecuencia las capas telúricas de ambos continentes se desplazaban y se producían en la vida del poeta depresiones, cismas, arengas nihilistas y revelaciones religiosas que hasta hoy lo sacuden. Podía oscilar entre comerse con apetito de guardabosques un

hotdog humeante y contemplar sin atreverse a vulnerar su corteza un trozo del “hermano” pan sobre la mesa.

Sé que ninguna biografía alcanza para explicar una obra, ni mucho menos un texto tan misterioso como *Lobos y Ovejas*, pero cuando este texto comenzó a conocerse fuera de Chile y Christian Rohr, su editor en lengua alemana, supo dejarse fascinar por él y me pidió unas páginas introductorias, presioné a Manuel para que me diera su visión de *Lobos y Ovejas* años después de escrito.

Hay múltiples interpretaciones de este cautivante enigma pergeñadas por analistas sagaces, pero el poeta hizo su habitual verónica biográfica para desviar la atención. Esto fue lo que me dijo por escrito:

“Escribí este poema parabólico —de un solo aliento y prácticamente sin añadiduras y correcciones posteriores— creo que en el verano de 1969, dolido por la ruptura matrimonial. Y fue quizás este hondo sufrimiento lo que permitió despertar a una parte esencial mía y de la condición humana, desgarrada entre dos naturalezas opuestas y que, sin embargo, es de vida o muerte mantener en armonía. En 1976, una modesta edición sacó a luz estos textos y algunos críticos y comentaristas quisieron ver en ellos una clara alusión al golpe militar, a la dictadura en Chile. Sin embargo, según mi parecer, el tiempo ha ido destilando el poema más allá de todo referente histórico/temporal, situándolo en una perspectiva más próxima al misterio que encierra el alma del hombre”.

Por cierto me conmueve la precisión con que el poeta acota el tiempo de provocación del libro vinculándolo al fracaso de su matrimonio, pero no dejan de impresionarme los otros dos datos: que el poema fue escrito en una sentada —en una *iluminada* corregiría yo— y que su sentido más secreto está en el misterio. Lo habitual en este tipo de textos es que el poeta vuelva a la incursión en lo insondable, conducido por la inspiración, desmadejando y desgarrando vestiduras románticas. Se ve en él el espectáculo de la turbulencia, las huellas de la travesía. El lenguaje suele mostrarse perturbado.

Pues bien, esto no sucede en *Lobos y Ovejas*. Aquí estamos en un territorio sólido, ante un misterio “objetivado” en la forma de la parábola. El poeta ha decantado el rapto y le ha impuesto a su revelación un orden musical. Es poesía hecha tras la experiencia antipoética, uno de cuyos maestros era Nicanor Parra. Un tipo de poesía conmocionada, pero que rodea la conmoción sin énfasis. En la antipoesía se busca más la verdad que la elocuencia.

El remitir la explicación del texto a lo insondable “del alma del hombre” pone a este poemario en la filosofía que (des) guía el mundo de Silva Acevedo y que tuvo una escueta formulación en un poema de *Desandar lo andado*, Ediciones Cordillera, Ottawa, Canadá:

*No sé qué busco
No sé donde buscarlo
No encuentro lo que busco
Pero sigo buscando.*

El texto mismo, así, queda jubilosamente entregado a la revelación que será para cada lector. No es aquí mi propósito desentrañar un libro que se propone como dialógico, interviniendo en la deliciosa intimidad que se va a producir entre él y el lector. Pero bien puedo suponer que algunas alusiones que vienen de la tradición española y latinoamericana le serán útiles. Me limitaré a señalar la fuente de un par de ellas.

Pertenece al repertorio formal de la poesía contemporánea latinoamericana la fragmentación del hablante lírico. El poeta opta por cercar su objeto no sólo desde el punto de vista de una subjetividad (habitualmente omnisciente), sino poniéndolo en la perspectiva de sus hablantes. Así se consigue una fuerte inmediatez y una mayor movilidad, al rodar la voz por distintas perspectivas, estableciendo cada una de ellas un fragmento que se vincula como parte con el todo, y la que a su vez matiza el todo con su relativa autonomía dándole al conjunto una nueva dinámica.

Por cierto que esta técnica recuerda la construcción del personaje dramático. Del teatro viene esta multifacética vestidura, este enmascaramiento del discurso. Sólo que en la lírica no se pone énfasis en la caracterización psicológica, ni en la acción, ni en el enfrentamiento de los caracteres. Para que esto ocurriese los caracteres debieran fijar una identidad. En el caso de la lírica, más que identidad tenemos polifonía. Es cierto que en *Lobos y Ovejas* hablan ovejas. Pero ¿es siempre la misma? ¿Es una en lo múltiple? ¿Es en cada aparición una voz del rebaño?

Creo también que hay un fuerte juego intertextual con obras claves de la literatura en lengua castellana. En primer lugar destaco lo que me parece el *leit motiv* de esta obra: el desvelo por la totalidad, por la intensidad de una experiencia revelatoria, que tienen su máxima concreción en la poesía mística de Santa Teresa, y muy precisamente en el verso “Muero porque no muero”. La voluntad de una muerte *abridora* da nervio a *Lobos y Ovejas* desde su página inicial: “Hay un lobo en mi entraña / que pugna por nacer. / Mi corazón de oveja, lerda criatura / se desangra por él”.

Hereda del lenguaje místico la violenta sensualidad de la imagen —que a ratos asume ribetes eróticos— para expresar situaciones de alta tensión espiritual. En el místico la experiencia de la totalidad es un momento intenso del peregrinaje del alma. Percibo la presencia de esta tradición también en la recurrida vinculación que hay entre lo íntimo y entrañable con lo cósmico, infinito y abierto. La intimidad humana como una partícula donde está el universo entero —su misterio— reclamándola: “Por qué maldigo mi pacífica cabeza / vuelta hacia el sol”. O bien más adelante: “Me desprecio a mí misma / cuando escucho a los lobos / que aúllan monte adentro”. Y hasta los mismos versos que cierran el volumen: “El sol de la llanura / calentó demasiado mi cabeza. / Me convertí en la fiera milagrosa”.

Creo que no es necesario enfatizar en este juego de lobos, ovejas, naturalezas, intimidad y absoluto, el carácter privilegiado que tiene el pensamiento poético como vía de acceso o lo real. Y dentro de los recursos del pensar poético, el modo insistente con que se ensalza la alucinación. Queda para los lectores la pregunta abierta de si no puede leerse también la obra de Silva Acevedo como la parábola del artista: la santificación del oficio de la creación como sentido de la humanidad. Donde cabe por cierto la pregunta: ¿se condena la oveja negra por ser quien arranca de la manada para cumplir el llamado de la trascendencia? O la siguiente: ¿se condena la manada en la insipidez de su rutina que niega la fiera que debiera pugnar por nacer?

No quiero situarme como intérprete de este texto donde la alucinación está vertida con pleno dominio de muchas técnicas poéticas de las cuales el habitual alucinado con su monótona locuacidad no tiene noticia.

Para terminar, vale la pena recordar que Manuel Silva Acevedo no agotó su talento en este celebrado *Lobos y Ovejas*, sino que libro tras libro ha ido confirmando la solidez de éste.